

Una Queja

El artesano don Ernesto Ortega se ha acercado a nosotros y nos ha dicho lo siguiente:

Ruego a ustedes poner en su periódico, el más valiente y libre quizá del país, un caso que me ha ocurrido con un médico de esta ciudad, el cual me tiene lleno de indignación y no quiero que ocurra a ninguna otra persona.

El citado médico fue convencido por mí para que atendiera a mi señora que estaba para dar a luz. Llegó a mi casa, la examinó, y a pesar de los síntomas y fuertes dolores que ella experimentaba, se retiró diciéndome que había que esperar, que todavía no era tiempo. Ese mismo día en la noche, tuve necesidad de llamarle de nuevo porque mi señora empeoraba. Él la examinó otra vez, y de nuevo se retiró diciéndome que todavía había que esperar. Esa noche fue terrible para la enferma a tal extremo, que el día siguiente llamé de nuevo al médico. Su contestación fue siempre la misma: esperar. Al día siguiente mi esposa había empeorado mucho y de nuevo llamé al doctor; me pidió entonces otro médico para consultar y la llevé al indicado por él. De la consulta resultó que el primero de los médicos tenía la razón: había que esperar más; no había llegado el momento. Cansado, la llevé por fin a una buena partera, y ésta me hizo ver que los doctores estaban en un error. Ya cuando eso, estaba muy entrada la noche, pero como el caso era urgente llamé a otro médico de reconocida experiencia y éste con la ayuda de un colega suyo, procedió inmediatamente en mi propia casa a practicar una operación a mi señora. Me dijeron que su estado era gravísimo; y extrañense ustedes: que la criatura estaba muerta desde hacía tres días.

Las conclusiones, el público las ha de sacar. Repito que mi intención es que a nadie suceda lo que a mí me ha sucedido, llevando para que atiendan a sus deudos, a médicos sin experiencia.

Queda complacido el señor Ortega.

Se despiden maquinistas

Hemos sabido que del Ferrocarril al Pacífico han sido despedidos cinco viejos y buenos maquinistas que han servido por muchos años en ese lugar y que en él han gastado las fuerzas de su juventud. Según tenemos entendido, el nuevo Administrador de aquel departamento quiere llevar nuevos elementos para amaestrarlos en el manejo de las locomotoras eléctricas. Pero nosotros

Como señales que auguran la proximidad de una violenta tempestad, se vienen notando ciertos estremecimientos convulsivos, aquí y allá efectos de inconformidad en todos los continentes de la Tierra.

La hecatombe está próxima a desatarse.

En España, la corona ya no está muy bien asentada en la cabeza del Soberano, Inglaterra, tiembla al sentir que los vendavales fríos de las selvas de la India. Italia espera la muerte o caída de su opresor, para tener la suerte que a mano tiene hoy España. La China prefiere la paz, y de rodillas la jura, antes que la guerra, mientras que la Rusia se adueña del ferrocarril, conductor de programas y folletos para los mongoles. Los Estados Unidos exhiben en la rada de Nueva York el volumen gigantesco de su armada naval y aérea, para ver si es posible postergar la lucha, por temor a la Rusia, la cual ayer atada a la cadena de sus tiranos, y hoy libre, fuerte, preparada y llena de bríos; espera su momento y promete no dejar ir en blanco la oportunidad.... Mientras tanto, la América Latina, joven aún, espera el rayar de una nueva aurora que habrá de aparecer dentro de poco, y a cuya luz se desarrollarán y darán su fruto en el concierto universal de las naciones, las 17 repúblicas de que se forma este vasto Continente. Cabe preguntar: ¿se detendrá el ciclón? ¿Habrá poder humano que lo detenga? ¡Ah!, se dispone de muchos, variadísimos y mortíferos elementos con que se puede contener las "subversiones" de los

creemos que ese no es un motivo para despedir a los viejos servidores y en cambio sí puede ser un pretexto para injustas complacencias. ¿Acaso los obreros despedidos no podían ser amaestrados como los nuevos? Pero el peligro está en que el señor Administrador tenga el capricho de continuar en su injusta tarea. Eso temen los maquinistas que han quedado.

Nosotros sentamos nuestra protesta.

Señales

pueblos. Ciertamente. Pero ¿si el soldado falla como ya sucedió en el novecientos catorce? (aquí el toque). Hay ya un precedente, y la lección, como que ha gustado. ¿Que el combustible está esparcido? Es innegable. Falta la chispa, en cuanto ésta falte, sin remedio que el incendio estallar. Luego ¿con qué o quiénes lo apagarán? Y lo peor de todo es que todo esto es verdad, que no es fantasía ni broma, sino una realidad. Por eso se teme.

En época semejante, Voltaire y Rousseau, decían al esparcir la semilla de la Revolución Francesa: "Será un bello escándalo". Vino el "escándalo" y emergió la República. Vendrá un nuevo escándalo, y a luz dará la justicia social, la paz entre los hombres y hasta entonces, la verdadera y completa libertad.

¿Qué hacer?

Trabajar... y esperar, que la hora llegará.

La Voluntad

Sin firmeza de conducta no hay moral, no puede haberla. Las buenas intenciones que no podemos cumplir son la caricatura de la virtud. Los hombres sin voluntad se proponen volar y acaban arrastrándose, persiguen la excelencia y se enlodan de vicio, conciben poemas y ejecutan gacetillas, sueñan vivir intensamente y se esfuman en perpetua agonía. Nunca dicen "yo hago", que es la fórmula del hombre sano; prefieren decir "yo haré" que es el lema de la voluntad enferma.

La más frecuente infelicidad arraiga en nuestra propia pereza. El barco no avanza si el marinero dormido no abre las velas en la hora propicia; se desvía de su derrotero si el piloto no da a tiempo el buen golpe de timón. Por eso, la voluntad debe estar siempre lista para ejercitarse; un solo minuto de cobardía puede perdernos, si en ese minuto llega a coincidir la oportunidad.

JOSÉ INGENIEROS

LEA EL PRÓXIMO NÚMERO